

# SEPTIMA CARTA PASTORAL

del Ilmo. Sr. Dr.

**D. Leopoldo Ruiz**

OBISPO DE LEON

—CON MOTIVO DE LAS—

Solemnidades de Corpus y Pentecostés.



BX874  
.R85  
S4  
1903  
c.1

LEON.—1903.  
ADALUPANA DE CAMILO SEGURA.

BX874

.R85

S4

1903

c.1



1080027354



# SEPTIMA CARTA PASTORAL

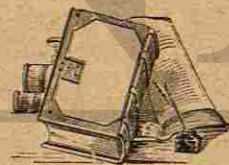
del Ilmo. Sr. Dr.

**D. Leopoldo Ruiz**

OBISPO DE LEON

—CON MOTIVO DE LAS—

**SOLEMNIDADES DE CORPUS Y PENTECOSTÉS.**



Capilla Alfonsina  
Biblioteca Universitaria

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
Biblioteca Valverde y Tellez  
LEON.—1903.

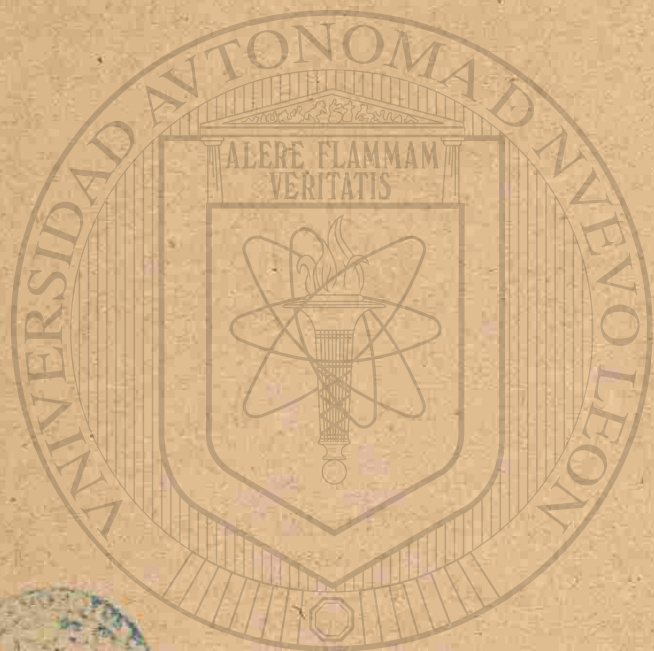
40803

IMPRENTA GUADALUPANA DE CAMILO SEGURA.

Bx874

R8

51



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ



NOS, EL DR. D. LEOPOLDO RUIZ,  
por la gracia de Dios y de la Santa  
Sede Apostólica, Obispo de León.

Al Ilmo. Sr. Dean y Cabildo, á Nuestro  
Venerable Clero Secular y Regular,  
y á todos los fieles de nuestra Dió-  
cesis, salud, paz y bendición en Ntro.  
Señor Jesucristo.

*Amados hermanos é hijos nuestros:*

**U**AS dos grandes solemnidades que se aproximan,  
la del Corpus y la de Pentecostés, nos mueven á  
dirigiros esta breve carta pastoral con el único fin de exci-  
taros á celebrarlas con el mayor fruto espiritual.

En la Sagrada Eucaristía quiso Nuestro Señor Jesu-  
cristo enriquecernos á todos los dichosos hijos de su Igle-  
sia, dándonos el Sacrificio que necesitábamos para cum-  
plir con los deberes de adoración y agradecimiento, que  
nos ligan con Dios, y para poner á nuestro alcance la  
expiación de nuestros pecados, é impetración de las gra-  
cias necesarias para la eterna salvación. ®

El Sacrificio del altar, como el Sacrificio de la Cruz,  
del cual es continuada renovación, encierra en sí todas  
las propiedades de los antiguos sacrificios y las sobrepasa  
infinitamente, por la infinita dignidad de la Víctima  
que en él se inmola y del Sacerdote que la ofrece. Es  
por tanto el Sacrificio de la Misa de infinita virtud para

003601

alabar y adorar á Dios, obligación muy estricta de la criatura racional: es de infinito valor para agradecer debidamente á Dios sus beneficios, ya sean de naturaleza ya sean de gracia, obligación igualmente grave y universal de todo hombre, que nada tiene que no haya recibido: es de infinito valor para conseguir el perdón de los pecados, porque mil veces más vale delante de Dios la Sangre de su Unigénito Hijo que el peso enorme de todos nuestros pecados: y finalmente es de infinito valor para alcanzar gracias; porque, si nada de lo que pidamos en nombre de Jesucristo se nos negará, mucho menos podrá ser negado lo que pidiéremos en cambio del Sacrificio que el mismo Jesucristo nos dejó como cosa nuestra, para ofrecerla á Dios y moverlo con víctima tan agradable á que nos dé lo que necesitamos.

Crece la estima que hemos de tener de este Sacrificio si reflexionamos que en él tenemos una memoria viva de la pasión y muerte de Jesucristo, para que continuamente recordáramos cuánto le costó merecernos y comprarnos las gracias que ese mismo Sacrificio encierra.

Estos son á grandes rasgos los tesoros inestimables que tiene el cristiano en la Santa Misa; y para agradecer á Jesucristo su liberalidad en dejarnos tan gran tesoro, la Iglesia invita á todos sus hijos, para que, tomando parte en las solemnidades del Corpus, manifiesten de alguna manera el aprecio y estima que tienen de un don tan singular.

En la Sagrada Eucaristía nos dejó además Nuestro Divino Salvador su Cuerpo santísimo y Sangre preciosa, para que nos sirvieran de alimento en la Sagrada Comunión. Verdad inefable de nuestra fe, que nunca jamás sabrá el cristiano apreciar debidamente. El don que en este divino banquete nos ha hecho Jesucristo es infinito, los fines con que anhela unirse á nosotros de manera tan singular son amorosísimos, los medios de que se valió para conseguir sus amorosos designios son sorprendentes, las gracias que por medio de la Sagrada Comunión derrama en las almas son especialísimas; to-

do en fin, en este Sacramento nos obliga á amar á Jesús con amor activo y verdadero, y á corresponder con gratitud finezas de amor tan delicado.

A este fin, pues, también se ordena la solemnidad del Corpus; y por lo mismo ningún medio más eficaz para celebrarla, conforme á los designios del amoroso Corazón de Jesús, como el purificar nuestras almas para recibirle dignamente en esos días.

Por último, en la Sagrada Eucaristía conservada de día y de noche en los Sagrarios, y expuesta á la veneración pública con tanta frecuencia, ha querido Jesucristo que le tuviéramos por compañero, amigo y abogado. En el Sagrario nos espera con ansia para oír nuestras quejas, y desde el Sagrario está intercediendo por nosotros sin cesar.

Nuevo motivo y muy eficaz es este para que en la festividad del Corpus nos acerquemos á visitar á Jesús Sacramentado con mayor frecuencia y fervor, agradeciéndole tanto amor y tanta constancia.

Pero si advertimos que la Sagrada Eucaristía es inseparable, de cualquiera manera que se le considere, de la pasión y muerte de Jesucristo, deduciremos con facilidad que no puede participar de las riquezas de la misma Eucaristía, sino aquel que se haga voluntariamente compañero de Jesucristo en su pasión y en sus dolores.

Ahondemos, pues, con fe en el inmenso mar de los dolores de Jesús en su vida mortal, continuados en su vida eucarística: y mientras más estimemos y apreciemos esa Cruz de Jesucristo mayormente le amaremos en su vida oculta y sacrificada en la Eucaristía, hasta llegar, con ayuda de la gracia, á no encontrar mayor dicha que la de vivir crucificados con Jesucristo.

Estas serán las mejores disposiciones para celebrar la fiesta del Sacratísimo Corazón de Jesús: fiesta inseparable de la fiesta eucarística del Corpus.

Por tanto, dispongámonos para la solemnidad del Corpus, con misas, comuniones, visitas al Santísimo Sacramento, oraciones y demás prácticas de piedad; pero no

olvidemos acompañar todo eso con algún sacrificio de nuestra alma y de nuestro cuerpo, según el dictamen de nuestro confesor.

Por lo que toca á la solemnidad de Pentecostés quiéramos la lengua de un serafín para haceros estimar ese Amor Sustancial que es el Espíritu Santo, fuente y origen de todo bien en la Iglesia de Jesucristo.

Ante todo es necesario entender y tener muy presente que el culto á cualquiera de las tres divinas Personas de la Sma. Trinidad no debe oponerse á la unidad de la naturaleza divina en las mismas Personas: ó lo que es lo mismo, que no debemos adorar á una de las tres divinas Personas como si pudiera separarse de las otras; sino que la adoración y culto á una, ha de redundar en igual gloria de las otras, por ser uno mismo el ser y naturaleza de las tres.

La unidad de la divina naturaleza exige que toda obra divina externa sea propia de las tres Divinas Personas, lo cual no impide que ciertas obras divinas se atribuyan al Padre, otras al Hijo y otras al Espíritu Santo, por la mayor correspondencia y semejanza entre dichas obras y las propiedades de cada una de las divinas Personas: esta ley de apropiación, fundada en las mismas Sagradas Escrituras, manda que como al Padre se le atribuyen las obras en que resplandece el poder, y al Hijo aquellas en que resplandece la sabiduría, así al Espíritu Santo se le han de atribuir las obras en que resplandece el amor, porque El es la divina bondad y la caridad entre el Padre y el Hijo.

La obra más grandiosa salida de las manos de Dios es la Encarnación del Verbo. Este es el inefable misterio del amor de Dios al hombre, llamado por el Apóstol "El gran Sacramento de piedad ó de amor." Y como tal tenía que proceder del Espíritu Santo, quien como Amor inspiró al Padre tanto amor al mundo, que diera á su Unigénito: el Espíritu Santo, como Amor, inspiró al Hijo tanto amor al hombre, que nos amara hasta entregarse por nosotros: el Espíritu Santo, como Amor

llevó á cabo la formación del cuerpo santísimo de Jesucristo en el seno virginal de María, y la creación de su alma: el Espíritu Santo, como Amor, verificó en Jesucristo la unión de la humana naturaleza con el Verbo: El santificó el alma de Cristo con tal unción de gracia que, como nos enseña San Basilio, toda acción y el más pequeño movimiento de Jesucristo era por moción del Espíritu Santo: y lo que es más, el mismo Sacrificio voluntario que Jesucristo ofreció de sí mismo por nuestra salvación, no fué sino por inspiración del mismo Espíritu divino: así nos lo enseña el Apóstol cuando nos dice, "El cual [Cristo] por impulso del Espíritu Santo se ofreció á sí mismo inmaculado á Dios." *Hebr. IX, 14.*

Con razón el Profeta Isaías había profetizado que sobre la flor que brotaría de la raíz de Jesé, flor que simbolizaba á Jesucristo, descansaría el Espíritu Santo, derramando en toda su plenitud sus gracias, sus dones y sus virtudes; y todos los tesoros de su sabiduría y de su ciencia.

El alma de Jesucristo, por su inocencia inmaculada, fué el Paraíso en donde el Espíritu Santo puso sus complacencias: y desde allí, como desde su trono, hizo brillar el reinado de su amor en el Sacrificio continuo que Jesucristo inició por nosotros en su concepción, y consumió en el Calvario, para continuarlo místicamente hasta la consumación de los tiempos en el Sacramento de Amor.

Motivos son estos poderosísimos para que se encienda en nuestros corazones un amor verdadero al Espíritu Santo; porque si los misterios de la Encarnación del Hijo de Dios, de su vida, de su pasión y muerte son tan eficaces para hacernos amar á Dios, más eficaces tienen que ser las consideraciones del origen divino que tuvieron esos mismos misterios.

Mas si añadimos á lo dicho lo que el Espíritu Santo hace en la Iglesia y en el alma de cada uno de nosotros, facilmente nos convenceremos de que á El somos deudores, no sólo de los riquísimos tesoros de la redención,

sino también de la participación de esos mismos tesoros.

En efecto, Jesucristo concibió á su Esposa en el árbol de la Cruz; pero esta salió á luz en el gran día de Pentecostés, día solemne en que Jesucristo cumplió su promesa de enviar al Espíritu Santo, que enseñaría á su Iglesia toda verdad, que estaría con ella para siempre, que fuera como su alma para vivificarla, y como su corazón, de donde se repartiría entre todos los miembros del cuerpo místico de Jesucristo la vida de la gracia y de las virtudes, de los dones y de los carismas.

Desde entonces el Espíritu Santo asiste al Romano Pontífice como Vicario de Cristo, y le infunde el amor que Jesucristo pide para apacentar las ovejas que redimió con su sangre: desde entonces el Espíritu Santo constituye á los Obispos para regir la Iglesia de Dios, y desde entonces el Espíritu Santo se infunde en los Sacerdotes, para comunicarles la potestad sublime de perdonar los pecados.

Si contamos pues, con la dicha de ser miembros de Cristo por pertenecer á su Iglesia, de estar bajo el cayado del Pastor Supremo, de oír la voz de los ministros de Dios, de participar de los Sacramentos y de la Iglesia, lo debemos al Espíritu Santo.

Por último, al Espíritu Santo somos deudores de la regeneración que hubimos en el Bautismo; pues por su gracia, de hijos de ira volvemos á la dignidad de hijos de Dios; y este Espíritu divino que se nos da en el Bautismo es el que nos da derecho de llamar á Dios con el amoroso título de Padre: al Espíritu Santo debemos las gracias que se nos dan en la Confirmación para confesar á Jesucristo delante de los hombres: al Espíritu Santo debemos el don inestimable de la gracia en cualquiera de sus manifestaciones, y á él debemos la honra inestimable de ser sus templos vivos. La fortaleza de los mártires, el holocausto de las vírgenes, la constancia en el deber, la fidelidad en la correspondencia, la solidez de las virtudes, la generosidad en el sacrificio, todo en fin, cuanto de grande y heróico hay en las almas cristianas, trae

su origen de la gracia que el Espíritu Santo derrama en los corazones que dispuestos reciben sus inspiraciones, oyen sus voces y siguen su impulso.

¿Quién sería capaz de describir la belleza de una alma justa, hermosada por el Espíritu divino? ¿Quién sería capaz de describir las labores de este Espíritu divino en la repartición de las gracias y en el perfeccionamiento de las almas que él lleva por los senderos de la perfección cristiana?

En resumen os hemos expuesto algunas de las ideas desarrolladas por Ntro. Smo. Padre en su Encíclica del Espíritu Santo. Terminaremos con el mismo Sumo Pontífice, haciendos ver que tan inmensa bondad del Espíritu Santo pide de nosotros conocimiento, amor y oración. Es una ingratitud recibir el beneficio y disfrutar de él, sin conocer siquiera al bienhechor. Por esto los predicadores de la palabra divina han de tener como muy propio de su ministerio el hablar á los fieles con frecuencia del Espíritu Santo, principalmente de los muchos y grandes beneficios que de este divino bienhechor recibimos para que pueda el corazón encenderse en su amor. El Espíritu Santo merece todo nuestro amor, porque, Dios como es, ha de ser amado con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma y con todas nuestras fuerzas: es además el Amor substancial, el Amor eterno y nada hay más amable que el amor mismo: es finalmente para nosotros, fuente de bienes incalculables; motivo eficazísimo para que le amemos por agradecimiento.

Este amor nos hará penetrar cada día más en el conocimiento del Espíritu divino; pues el amante no se contenta con un conocimiento superficial del amado, sino que penetra hasta investigar las cosas más secretas; y ese amor nos atraerá mayor abundancia de dones celestiales. Pero hay que procurar que ese amor no se limite á un árido deseo ó á una externa manifestación: es menester que se pruebe por las obras y principalmente que huya del pecado que de una manera especial es injurioso al Espíritu Santo.

Este amor finalmente nos ha de inducir á evitar cuanto pueda desagradar á este Divino Espíritu, que se digna morar en nosotros, y á embellecer nuestras almas con todo lo que le agrada: todo pecado entristece al Espíritu Santo, así como toda virtud sólida y verdadera le encanta.

Es menester que oremos, y con instancia, al Espíritu Santo, porque nadie hay que no necesite de su ayuda y de sus gracias. Si todos somos ciegos, enfermos, débiles, atribulados é inclinados al mal, nada más racional que acudir al que es fuente perene y abierta de luz, fortaleza, consuelo y santidad. Hay que orar, pero con confianza, recordando que antes que nosotros oremos ya el mismo Espíritu Santo pide por nosotros con gemidos inenarrables.

No somos capaces de entender el anhelo conque el Espíritu Santo desea comunicarse á nuestras almas: ese anhelo es infinito, porque la perfección de su amor que pide esa comunicación es infinita. Pero ese Amor incomprendible se ve rechazado de millares y millares de almas que sumergidas en el pecado, en la tibieza, en su amor propio, en la soberbia y en tantos otros vicios no escuchan los gemidos de su Dios. Para descansar en una alma el Espíritu Santo pide limpieza de corazón que El mismo nos dará si de veras la pedimos.

Encarecemos, pues, con el mayor ahinco de nuestro corazón á los Predicadores, Confesores y demás Sacerdotes de nuestra amada Diócesis que procuren infundir y acrecentar en los fieles el conocimiento y devoción del Espíritu Santo. A los niños y niñas muy especialmente háganles entender que el Espíritu Santo se recrea en la inocencia, en la pureza y en la virginidad, para que por amor á El guarden ese tesoro, que tan poco se estima y con tanta facilidad se pierde y sin remedio.

Estamos seguros que nuestra Diócesis será privilegiada con dones del cielo, si logramos que se distinga por su amor y devoción al Espíritu Santo: no perderá su fe; por el contrario, la acrecentará y con la fortaleza de los

primeros cristianos perderá primero la vida antes que negar á Jesucristo. Con esta devoción desaparecerá sin duda el paganismo moderno, el deseo desordenado de riquezas y placeres, y se estimarán en su justo precio la abnegación y el sacrificio, que si horrorizan al hombre, es porque no los mira con la luz divina de la fe.

De acuerdo con lo mandado por Ntro. Smo. Padre en su citada Encíclica, ordenamos que en Ntra. Sta. Iglesia Catedral y en todas las Iglesias parroquiales, y demás templos á juicio de sus respectivos capellanes, se haga la novena del Espíritu Santo durante los nueve días antes del Domingo de Pentecostés, novena que podrá consistir en alguna breve lectura ó plática del Espíritu Santo, rezo del himno "*Veni Creator Spiritus*" y siete Padrenuestros, Ave Marías y Gloria, pidiendo al Espíritu Santo sus siete dones, añadiendo alguna oración por la intención del Sumo Pontífice.

Recordamos á todos los fieles que Ntro. Smo. Padre se ha servido conceder á los que asistan á dicha novena en cualquier templo, ó la hagan en casa, si estuviesen impedidos de ir al templo, siete años y siete cuarentenas de indulgencia cada día, orando por la intención del Sumo Pontífice y también Indulgencia plenaria, la cual puede ganarse en cualquier día de la novena, ó el mismo día de Pentecostés ó en cualquiera de los ocho días siguientes, con las condiciones de costumbre, á saber: confesión, comunión y alguna oración según la mente del Papa. Estas mismas indulgencias, así las parciales como la plenaria, podrán lucrarse de nuevo, los fieles que en público en el templo ó en particular en casa, durante los ocho días después de Pentecostés, hagan algún rezo en honor del Espíritu Santo, cumpliendo con las condiciones de la confesión, comunión y rezo según la mente del Sumo Pontífice.

Todas estas indulgencias son aplicables á las almas del Purgatorio.

Acojámonos, amados hermanos é hijos nuestros, á María, para que ella nos alcance la gracia singular de saber



apreciar las riquezas de santidad que se encierran en la devoción á Jesús Sacramentado y al Espíritu Santo, con el fin de que debidamente preparados celebremos esas dos solemnidades con mucho fruto para nuestras almas y gloria para Dios Nuestro Señor.

Así lo pedimos al Señor, y en prenda de nuestros deseos os enviamos nuestra pastoral bendición, en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo.

Esta pastoral se leerá en todas las misas del Domingo siguiente al día en que se reciba, en lugar de la lectura del Santo Evangelio.

*Dada en León, el 12 de Mayo de 1903.*

✠ **Leopoldo,**

*Obispo de León.*

Por mandato de S. S. I.

*Angel Martínez,*

SRIO.

003